

LA VUELTA DE LOS DÍAS



MELANCÓLICO FANTASMA

JAVIER MARÍAS



Yo dudo que el hombre contemporáneo de cualquier otra contemporaneidad haya sido tan vilipendiado como el de este fin de milenio, sobre todo el que suele llamarse "occidental". Se le considera rapaz, cobarde, ruin, despiadado, insensible, explotador, insolidario y cruel. Se lo juzga responsable de todo lo repugnante y nocivo que ocurre no sólo en sus territorios, sino en el más remoto confín. No sólo es el culpable de la decadencia de Europa y de la progresiva brutalización de América, sino también de las matanzas de África, el esclavismo laboral de Asia y las catástrofes naturales de Oceanía. Para los periodistas y escritores más demagógicos, perezosos y facilones es un recurso fantástico a la hora de quedar bien ante sus perezosos y facilones lectores poco imaginativos: el hombre contemporáneo occidental es el responsable de todo, directa o indirectamente: del integristismo, por su incomprensión y hostigamiento del Islam; de Ruanda y Somalia, antes por la colonización y ahora por la descolonización; de la situación cubana, de la situación chechena, del Perú y Nicaragua y el Ecuador y Chiapas, de Irak e Irán y Kuwait, del conflicto palestino-israelí, de la peste en la India y no digamos del conflicto serbio-bosnio-croata-ma-

cedonio-montenegrino. La legión de detractores furibundos aplacan así sus conciencias, pero no parecen darse cuenta de que su actitud delata un cierto complejo de superioridad por su parte y grandes dosis de paternalismo, al dar por descontado que ningún país pobre o semipobre puede tener nunca una iniciativa propia, aunque sea la más nefasta y suicida. Se presupone que todo está controlado, manipulado y casi predeterminado (un raro calvinismo imperante) por la omnipotencia occidental, la Gran Bestia, el 666 por fin advenido no en la forma de un solo individuo sino de una multitud.

Esta visión maniquea tan extendida acaba beneficiando, como suele suceder, al supuesto culpable: si el hombre contemporáneo es tan monstruoso y causa de todos los males, si su zarpa alcanza el último rincón del globo, la propia exageración del anatema deja a éste sin efecto. Puesto que ya se sabe quién es siempre el responsable máximo de las desdichas, se puede prescindir de él como de las instancias superiores y en cierto modo exonerarlo, cuando la verdad es que ese hombre contemporáneo occidental está lejos de ser inocente en demasiadas cuestiones. Satanizar algo o a alguien suele ser mal negocio, por-

que nadie acaba creyendo de veras las acusaciones, ni siquiera cuando son justas y serias. A la postre la demonización se convierte en una especie de salvoconducto para las tropelías: si se es culpable de todo —parece ser el argumento o sofisma provocado—, lo más probable es que no se sea de nada.

Es curioso que el procedimiento se esté también extendiendo en todos los órdenes y que de él estén sacando buen provecho tanto los gobernantes como la ciudadanía. En este fin de siglo lo principal, el mayor afán, parece ser zafarse de responsabilidades, bien por elevación, como acabo de mencionar, bien por superstición. La tendencia actual de los gobiernos es a presentar los reveses y la incompetencia como imponderables del destino, casi como si se tratara de catástrofes naturales. Desde luego sucede sobre todo con la economía, de la que se habla ya siempre como de los vientos, las mareas, los terremotos, las plagas y las inundaciones: algo impredecible e incontrolable, de cuyos vaivenes nadie tiene la culpa si son negativos; de pronto hay crisis y pánico y nadie sabe cómo ha sido; de repente la crisis se acaba, y en esta fase sí aparecen quienes quieren apuntarse el tanto, aunque más tímidamente que en otros tiempos. Pero esta cómoda manera de bregar con la economía ha contagiado al resto de las cosas: cuando se habla de los desastres de Ruanda, nadie parece acordarse de que no los causó un fenómeno natural ni fue una mera cuestión de mala suerte, sino que se trató de algo deliberado, brutal y sangriento que podría haberse evitado, que hubo matanzas sin fin lle-

vadas a cabo por hombres concretos y no por la azarosa y vengativa mano de la Providencia: parece que sus malvados dados hubieran caído caprichosamente en contra de esa nación africana como podían haber perjudicado a cualquier otra. Es extraño que, a falta de Dios o dioses, cada vez más se acepte la intervención de oscuras fuerzas superiores a la hora de atribuir las calamidades.

Lo mismo ocurre entre los ciudadanos: hace ya algunos años la revista norteamericana *Time* anunció en un reportaje cuáles serían las dos figuras predominantes de nuestro fin de siglo: los *crybabies* y los *busybodies*, términos que podrían traducirse más o menos como los *quejicas* y los *metomentodos*. Los primeros serían aquellos individuos puerilizados (la mayoría de la población hoy en día) que no asumen nunca la responsabilidad de lo que hacen u omiten, sino que siempre encontrarán a otros (otros individuos, o la sociedad, o el Estado, o los padres, o la ciudad en que nacieron o el clima, cualquier cosa vale) a quienes echar la culpa de sus decisiones y actos, también de sus indecisiones. Son los que reclaman invariablemente una minoría de edad mental y moral, los que no tienen reparo en mostrarse como peles sin discernimiento con tal de exculparse. Recuerdo el ejemplo máximo que daba la revista *Time*: un ladrón se había introducido en un garaje y había robado un coche; al salir de él se había estrellado contra un árbol y el ilegal conductor había quedado muy maltrecho, debiendo pasar varios meses en un hospital para recuperarse de sus heridas. Su primera reacción (y la cosa fue admitida a trámite) fue querrelarse contra los propietarios del garaje. El argumento tenía su gracia: si hubieran tenido la suficiente vigilancia para impedirle robar aquel coche, él no lo habría robado y no habría sufrido tan oneroso y grave accidente. No se sabe si ganó o perdió el caso, pero ya es bastante

asombroso, insisto, que fuera admitido a trámite. A tenor de semejante protección al quejica, un ladrón que al tratar de entrar en nuestra casa por la ventana resbalara y se rompiera la crisma podría denunciarnos por tener hiedra en el muro o por poseer objetos tentadores que lo incitaron al robo, todo sería posible en este mundo que busca la irresponsabilidad por encima de todo. El drogadicto siempre dice que la droga era más fuerte que él, el asesino que la sociedad lo impulsó, o su desgraciada infancia; el artista jamás admitirá el fracaso o que no estaba dotado, sino que achacará su falta de éxito a conspiraciones, a la televisión o al mercado infame. Y aunque pueda haber en todo ello parte de verdad, o verdad total en algunos casos, la aplicación sistemática de esta clase de excusas acaba por convertirlas en inverosímiles y grotescas: hace poco un antiguo fumador pudo demandar a las compañías de tabaco americanas por la publicidad que durante décadas habían hecho de sus cigarrillos, a la cual él no pudo resistirse. Empieza, así, a no parecer lamentable ni raro un mundo poblado por seres sin voluntad ni entendimiento propios, permanentemente expuestos a las tentaciones y los peligros, pasivos e inermes ante cualquier cosa, sea la televisión, el alcohol, la pornografía o los caramelos. Y hasta tal punto se va ya aceptando esta pusilanimidad confesa que muchos prefieren que se prohíba cualquier tentación antes que luchar (o no) contra ella, un peldaño más en el proceso de infantilización, pues en el fondo de todo ello está este deseo: "Quitenme la libertad de decidir, elegir y obrar, díganme lo que debo hacer, díganme lo que me está permitido".

Y aquí es donde aparecen encantados los metomentodos, porque siempre hay gente bien dispuesta a complacer petición semejante y a dictar reglas y comportamientos. La otra figura que describía *Time* es la de esas personas que viven como

policías o guardaespaldas, en perpetua alerta y en perpetua alarma, vigilando al prójimo y denunciándolo en cuanto dice u opina o hace algo que a su represor ojo observante le parece impropio o escandaloso o molesto. Son los defensores a ultranza de lo políticamente correcto, son quienes tratan de coartar el habla de las personas y privarla de personalidades y matices, los paladines del eufemismo, la cursilería y la distorsión: los puritanos que ven lujuria por todas partes, las feministas —o más bien *hembristas*, serían distintas— que ven machismo, los virtuosos que sólo ven vicio, los de cualquier raza que verán racismo, los remilgados que por doquier encuentran sexo o sexismo (fea palabra), en una curiosa amalgama o coincidencia penosa de la mojigatería tradicional de todas las épocas y la exacerbación delirante de posturas que hace sólo una veintena de años parecían propias de sus enemigos. Han venido a confluir la más rancia ortodoxia de derechas con la más estricta y aborregada ortodoxia de izquierdas, mezcla peligrosa y dictatorial donde las haya, y no hace falta remontarse al pacto germano-soviético para estremecerse. En todo caso es sorprendente que una de las cosas que caracteriza a este fin de siglo y de milenio es el éxito inmediato de todas las simplezas y las tonterías, de lo que simplifica, de lo que no matiza, de lo que nivela hacia la ramplonería y de lo que sirve para acusar. Una proliferación de acusaciones o *busybodies* tal vez sea poco tributo si logramos llegar al año 2000 sólo con eso, sin demasiado desquiciamiento ni apocalipsis variados llamando a las puertas.

Porque en el fondo hay que pensar que lo lógico sería que el hombre de nuestro tiempo estuviera aún mucho peor de lo que está, convertido en un aterrado manojito de nervios y dando ciegos sablazos a troche y moche, los que suele inspirar el miedo. No acostumbra a

tenerse en cuenta algo que para mí resulta tan patente como decisivo: el hombre actual ha sufrido en sus hábitos, en su forma de vida y de estar instalado en la realidad, de relacionarse con su entorno y con sus semejantes, en su comprensión del mundo y de su propia biografía, un cambio mucho más radical y brutal que el que había experimentado en siglos. Entre un individuo del siglo V (por ejemplo) y uno del siglo XIX, las diferencias no eran tan grandes como las que han atravesado la sola existencia de un hombre actual de —digamos— ochenta y cinco años. El del siglo V y el del XIX se desplazaban sólo por mar y tierra, ambos a pie o sobre ruedas en el segundo caso y tirados por cabalgaduras (no antes de la segunda mitad del pasado siglo empieza a usarse el ferrocarril); el uno y el otro tardaban, por tanto, más o menos lo mismo en llegar de un punto a otro, lo cual quiere decir que apenas si había variado su concepto de las distancias, es decir, del tiempo y el espacio. Ambos hombres se comunicaban exclusivamente por escrito o con mensajeros, las noticias tardaban en alcanzar su destino más o menos el mismo tiempo y eran pocas las que se sabían, sólo las relativas a lugares muy cercanos, esto es, a lo que en verdad configuraba “su mundo”. En el siglo XVII los habitantes de una ciudad podían no enterarse de la matanza ocurrida en otro barrio, mientras que hoy se sabe al instante del horror acaecido en lugares de cuya existencia ni siquiera se tenía noticia hasta ese mismo momento. Los cambios habidos en la vida de nuestro octogenario son mucho mayores que los contemplados por el hombre desde que dejó de ser simio hasta 1850, por poner una fecha. Ni aviones, ni pantallas, ni teléfonos, ni tocadiscos, ni cine, ni fotografía, ni faxes, ni coches, la lista sería interminable y ociosa. Pero sí se debe mencionar que tampoco hubo nunca armas que mataran tanto y a tanta distancia, tan anónima y aséptica

y selectiva o indiscriminadamente, según se prefiera. Y no sólo la manera de vivir, sino también la de matar, es determinante a la hora de instalarse en la realidad y convivir y percibir al otro. Con semejantes descomunales transformaciones, cuya asimilación habría llevado siglos a cualquier otro hombre de los que en el pasado han sido (si pensamos en cómo fueron de hecho, sin apenas cambios de generación en generación), lo sorprendente es que el contemporáneo todavía mantenga ciertos vínculos con el que fue y no haya hecho una absoluta tabula rasa; lo admirable es que el hilo de la continuidad no esté cortado —aunque sí debilitado— y que aún le quede memoria de nada —cada vez más frágil, amenazada y tal vez inútil, pero no fenecida—.

Nada raro, por tanto, cuando se habla de su desconcierto, de su soledad, de su desamparo; tampoco cuando se lo acusa de insolidaridad, de indiferencia y flaqueza, qué menos. El hombre actual sigue a su mundo con la lengua fuera, se da el absurdo de que éste va mucho más rápido que él por primera vez en la historia. Pero no se trata sólo de los inventos y adelantos que incorpora de continuo a su casa y a su existencia preguntándose cada vez menos cómo son posibles o a qué se deben, con una falsa naturalidad que tiene mucho de rendición y entrega al saber mayor de la ciencia y la técnica, sino que tampoco sabe qué debe opinar sobre infinitas posibilidades nuevas, entre las que valga el solo ejemplo de la más llamativa, a saber: la de crear humanos artificialmente y desde el laboratorio. El hombre contemporáneo piensa cada vez menos por sí solo, entre otros motivos porque no le da tiempo: antes de poder decidir ya está haciendo uso de lo que aún no comprende. Esta situación es terreno abonado para los inquisidores y los vivales: de una parte, cada vez se acepta más el lugar común de quienes se atreven a regular, censurar,

prohibir, perseguir, uno de los recursos más fáciles y veloces del pensamiento infimo; de otra, van proliferando los camelistas que han visto en la “ética” una mina de oro: hoy pasan por pensadores brillantes individuos elementales con un lenguaje florido que no sueltan sino obviedades (*platitudes*, el término francés es más preciso) y que habrían sido objeto de irrisión hace sólo cuarenta años, cuando el mundo era más adulto, más optimista y menos pusilánime y supersticioso. Una forma que empleo a menudo para referirme al presente es “los primitivos tiempos actuales”, dominados por el miedo y la desconfianza del otro y la queja y la vigilancia y la culpa, una sociedad de la sospecha, la denuncia y el lamento.

Ese hilo suelto y a punto de romperse, ese hilo de la continuidad y la memoria es lo único que puede frenar e incluso invertir la tendencia, y hacer que el hombre de este fin de siglo y de milenio tenga algún interés más allá del de sus hallazgos científicos y tecnológicos. El ya vago recuerdo —que sólo unos cuantos individuos conservan y aún es más: encarnan— de que hubo un tiempo en que las opiniones y las ideas no valían todas por igual ni venían dadas; de que era posible y deseable pensar cosas distintas de las que ya pensaba por sí sola la época, de lo que otros más simples —puesto que son gregarios— procuran siempre pensar por uno; un tiempo que si bien buscaba el triunfo y el éxito como todos, no por ello negaba el fracaso como si fuera un estigma y aún es más, lo encajaba también como un logro, a veces más valioso que su contrario; un tiempo en el que la gente sabía responsabilizarse y elegir e intuir al menos qué no quería, y aceptar los reveses y golpes, en el que el lema principal no era ese “Yo no he sido” que hoy parece impregnar las actividades y los resultados, por voluntarios que fueran en sus orígenes; en que la diversidad era algo natural y por tanto

secundario, que no se rechazaba pero tampoco se buscaba ni subrayaba de manera obsesiva, como hacen hoy los nacionalismos más fanáticos y ramplones, que no tienen otra cosa de la que ocuparse que su propio ser tan mohino y recuerdan a aquel personaje femenino de una película de Joseph Mankiewicz que, perteneciente a una linajuda familia de Boston, decía: "Cada vez que estoy deprimida, pienso que soy una Apley"; un tiempo, en suma, en que también era común negarse a lo que viene impuesto y en el que la inercia no se había convertido en la potencia máxima, la débil pero invencible rueda que rige el mundo; en el que

los hombres y las mujeres podían decirse: "He tenido este tiempo y he jugado mis cartas mal o bien, como mejor he podido, pero de él me voy satisfecho". A la vista de cómo están las cosas, la aparición de un individuo así, unido a la mayor quietud y rugosidad del pasado y a la vez nuevo y rápido y expectante, no deja de ser un desideratum, quizá una mera ilusión. Pero también sería propio de este individuo saber que éstas son lo último que debe perderse, incluso que debe fingir conservarlas cuando ya estén perdidas y él, más que un vivo, sea sólo un prestigioso y melancólico fantasma que se resiste a abandonar el campo. 

con él puede ser personal. Y su carácter bifronte lo aproxima al mundo de lo siniestro: íntimo y extraño, todo a la vez.

Así es que el dinero pertenece al orbe de lo imaginario, o sea de aquello que está cerca pero que señala una ausencia, una falta. Un trozo de papel vale poquísimo. Impreso en su superficie el emblema bancario del dinero, vale, a veces, una fortuna. No es su materialidad la valiosa sino su referente imaginario. Imaginamos que alguien (el Estado, otro ente imaginario) acredita una serie de unidades de valor en torno a un emblema. Aquí el dinero vuelve a mostrar su duplicidad: es regulador de cantidades pero por medio de algo esencialmente cualitativo: el valor. Más que la cantidad, lo que sostiene es la transformación de la cualidad en cantidad.

La doble faz del dinero ha logrado su autonomía. Antes, los billetes eran canjeables por oro. Hoy son de curso corriente y obligatorio. El dinero se trueca por dinero y compute para valer más que el propio dinero. Se mira en sí mismo como sobre un espejo: se refleja, especula. En lugar de instrumento, deviene fin en sí mismo. Es la escoba del aprendiz de brujo y puede atacar a la economía productiva, de la cual, en principio, es un mero útil.

El dinero es, privilegiadamente, una de las paradojas de la modernidad: ha hecho triunfar a la razón humana al precio de despersonalizarla y, teniendo su origen en un acto imaginativo (instauración objetiva del valor) acaba siendo un valor en sí mismo, valor de los valores, valor abstracto, sin contenido posible, circular y compulsivo.

En 1900 publicó Georg Simmel su *Filosofía del dinero*. Nos haría bien una nueva moda Simmel, porque, a pesar de los años transcurridos, sigue siendo uno de los más sólidos pensadores de la modernidad y su perpetua crisis, del carácter trágico de la modernidad, que a menudo se nos olvida. Para Sim-

DINERO

BLAS MATAMORO



En la Residencia de Estudiantes dialogan Fernando Savater y Pedro Schwartz sobre "Ética y dinero". Schwartz es un manchesteriano optimista y exultante: parece un marxista de la vieja escuela, convencido de que la providencia (léase: el armonioso juego libre de las fuerzas del mercado) está con él. Llegaremos al desarrollo universal como, en el otro caso, a la revolución.

Savater es un ilustrado un poco más moderno, amigo de la razón y espectador de la insensatez. Su mundo no es la aldea inglesa del siglo XVIII donde dos zapateros compiten para llegar a vender sus zapatos en la ciudad más cercana. Como buen racionalista, Savater observa que la economía dineraria es un triunfo de la razón, ya que todo lo vuelve calculable, cuantificable y homogéneo. El dinero es la unidad de valor de todos los intercambios,

la *mathesis universalis*. Pero no se le escapa al moralista (palabra que irritaría a Savater: digamos, mejor, ético) que cuantificación es indiferencia, extrañeza, prescindencia de la cualidad.

En este doblez de sus funciones arraigan el mérito y el peligro del dinero. Es como la doble faz del interés, eso que está entre los seres para vincularlos y separarlos. Es algo que llevamos en nuestros espacios íntimos (la cartera, el bolsillo, el cajón de un mueble doméstico) y que nunca es definitivamente nuestro, salvo en tanto abstracción, valor de cambio. Como viene se va; su destino es pagar, o sea desaparecer y dar lugar a otro objeto. Todo lo que guardamos tiene por función durar para nosotros o ser consumido por nosotros. Nuestro dinero ha sido manoseado por personas anónimas y lo seguirá siendo. Por eso ninguna relación que tenga que ver

mel, metafísicamente (esto vale para Savater y sus indeliberados toques de metafísica) el dinero es una de las maneras que tiene el espíritu subjetivo de convertirse en objetivo, en busca de su alma. Ya conocemos el brillante truco hegeliano: hemos de ir hacia afuera para conocer nuestros adentros, hacernos objeto para que seamos sujeto y enajenarnos para poder liberarnos.

Al objetivarlos, nos sofisticamos. Una economía dineraria lleva al retroceso de la persona y al protagonismo de la cosa. En esta inflexión se instala la tragedia *simmeliana* de la cultura: el espíritu (lo objetivo) y el alma (lo subjetivo) se tornan cada vez más ajenos, más extraños. El sujeto se encona y acentúa su subjetivismo, creando una escisión entre el adentro y el afuera, la casa y el mundo. Por curiosa consecuencia, la interioridad subjetiva, al separarse del mundo, se vuelve amorfa y fragmentaria. Los objetos producidos por la cultura y las relaciones sociales que tienen que ver con ellos también se extrañan del sujeto.

El ejemplo privilegiado de este proceso es, precisamente, el dinero: los intercambios entre personas se convierten en algo objetivo, en puras abstracciones cuantificadas. Esto las aleja del mundo de los impulsos (los instintos, las pulsiones y el resto de la familia), que siguen siendo vastos e incalculables. Estos dos mundos (alma y espíritu) propenden a alejarse cada vez más, a ser cada vez más diferentes.

La modernidad es, en este orden, trágica. La enemistad alma/espíritu, calidad/cantidad, lo imponderable/lo discreto, lo calculable/lo incalculable, se vuelve conflicto irresoluble. Lo que tenemos de humano, al cuantificarse, se torna masivo y esta masa se rebela contra la humanidad (obviamente, sustraigo la terminología a Ortega). En nuestro siglo hemos tenido terribles ejemplos de esta sublevación de las masas, de este alzamiento de nues-

tro propio semimundo masivo, cuantitativo, meramente estadístico. Quien primero aprovechó el fenómeno, Benito Mussolini, fue, por paradoja, un pensador de la decadencia cualitativa, un nietzscheano que corria al rescate del superhombre. Pero, en lugar de considerar que el superhombre era un paradigma del futuro auroral de la humanidad, Benito se persuadió de que el superhombre ya existía en el presente, era único y se llamaba como él. Tanto así que acabó subyugado por el personaje que lo convirtió en su esclavo y su final víctima.

En el mundo así llamado postmoderno el conflicto parece amainar por una suerte de esquizofrenia culturalmente estructurada. En la privacidad somos sujetos con relaciones personales basadas en lo indiscreto, en lo no cuantificable, en lo desmesurado. Nuestra casa es el espacio incontrolado de la libertad. En el mundo, ingresamos en una aparente publicidad y socialización que, en rigor, son la publicidad de la propaganda y la socialización de la estadística. Somos concretos de puertas adentro y abstractos de puertas afuera. Tenemos vínculos de conocimiento en el lugar doméstico y de

extrañeza, en el callejero. Decidimos todo desde este lado del umbral. Del otro, deciden las poderosas inercias del mundo global, mensurable, en definitiva: dinerario.

Una sociedad basada en puras cualidades es impensable. Si cada cual actúa en función de lo que estima como valioso, lo absoluto es el único móvil de su conducta y se instaura la guerra de todos contra todos. Cuantificar, adinerar, objetivar y alienar las relaciones humanas es un poderoso vehículo de socialización, de racionalización de la convivencia. Pero si ésta se reduce a tales relaciones, desaparecemos como sujetos y nuestro imaginario se deposita, íntegro e inerte, en la caja de caudales de cualquier institución bancaria.

Aunque trágico y con regulares recaídas en la barbarie, nuestro mundo moderno, el mundo de la razón y el dinero, es un mundo viable. Su choque de fondo, como todas las cosas profundas, carece de solución. No se pueden razonar, a la vez, lo mensurable y lo desmesurado. Pero, reducido a cantidad, el conflicto es negociable. Y, mientras los pactos conservan su vigencia, podemos convivir. Podemos convivir hasta con la mismísima muerte. ▀

BUZÓN DE FANTASMAS

DE MALLARMÉ A HENRI CAZALIS



Mallarmé fue asignado al liceo de Besanzón como profesor de inglés a partir de octubre de 1867. Durante el invierno, aislado de sus amigos, triste, sumido en la depresión y en la pobreza, sufrirá una crisis nerviosa. La llamada "crisis de Mallarmé", entre 1866 y 1867 —meses en que el joven poeta nacido en 1842 es incapaz de escribir y teme caer en la

locura— es fuente de su concepción de la Obra pura, a partir del encuentro con la Nada. En la carta que a continuación se presenta, Mallarmé comunica a su amigo Henri Cazalis, meses después, la revelación que ha tenido en una suerte de resurrección creadora: su salida de la crisis a través de la experiencia espiritual del triunfo sobre Dios; experiencia que funda un pro-

yecto literario, ya no el de un hombre sino el de una "aptitud del Universo Espiritual" que se desarrolla a través de él, que está —según sus palabras— muerto.

Excepto donde se indica, las notas al pie son de Bertrand Marchal, y provienen de la edición: Mallarmé, Correspondance. Lettres sur la poésie, Gallimard, 1995 (Colección Folio, 2678).

J.M.V.

*

Besanzón, viernes [martes]
14 de mayo de 1867.
Rue de Poithune, 36.

Querido y más querido,

Me aprovecho, para responderte, de la fascinante emoción que produjo en mí tu carta[.]

Tienes razón, ¿qué podemos decirnos? Mientras que, si estuviéramos juntos, nos dejaríamos llevar de la mano en interminables conversaciones, por un largo sendero de árboles que desembocaría en un surtidor de agua, por ahora el pavor de una hoja de papel blanco, que parece reclamar los versos por tanto tiempo soñados, y que no obtendrá más que unas cuantas líneas de una amistad que ha llegado a ser tan parte de uno mismo que la he olvidado, como al resto de mí, ¡me libra casi de un sacrilegio!

Acabo de superar un año pavoroso: mi Pensamiento se pensó a sí mismo y arribó a una Concepción Pura.¹ Lo que, por repercusión, mi ser ha sufrido, durante esta larga agonía, es inenarrable, aunque, afortunadamente, estoy perfectamente muerto, y la región más impura a donde mi Espíritu podría aventurarse es la Eternidad, mi Espíritu, ese solitario asiduo de su propia Pureza, a la que ni siquiera el reflejo del Tiempo² oscurece.

Desgraciadamente, llegué ahí a través de una horrible sensibilidad, y ya es tiempo de que la envuelva

en una indiferencia exterior, que suplirá en mí la fuerza gastada. Actualmente me hallo, luego de una síntesis suprema, en esta lenta adquisición de fuerza —incapacitado como ves para distraerme. Cuánto más lo estaba, hace varios meses, inmerso en mi lucha terrible contra ese plumaje viejo y perverso, felizmente ya derribado, Dios.³ Mas como esta lucha se mantuvo sobre su ala huesuda que, en una agonía más vigorosa de lo que podría haber esperado de él, me arrojó a las⁴ Tinieblas, cat, perdida e infinitamente victorioso —hasta que, por fin, un día me miré frente a mi espejo veneciano, tal como me había olvidado meses atrás.

Confieso, por lo demás, pero a ti solamente, que aún tengo necesidad, así de grandes han sido los deterioros de mi triunfo, de mirarme en ese espejo para pensar, y que si no estuviera colocado frente a la mesa en donde te escribo esta carta, yo me volvería a convertir en la Nada.⁵ Así te hago saber que soy actualmente impersonal, ya no más el Stéphane que tú conociste —sino una aptitud que posee el Universo Espiritual de contemplarse y desarrollarse, a través del que yo fui.

Frágil tal cual es mi aparición terrestre, sólo puedo padecer los desarrollos absolutamente necesarios para que el Universo reencuentre, en este yo, su identidad. De tal manera, a la hora de la Síntesis, acabo de delimitar la obra que será la imagen de ese desarrollo. Tres poemas en verso, cuya Obertura será Herodías, pero con una pureza que el hombre jamás ha alcanzado —y quizá jamás alcance, pues podría ser que yo no fuese más que el juguete de una ilusión, y que la máquina humana no sea lo suficientemente perfecta para llegar a semejantes resultados. Y cuatro poemas en prosa, sobre la concepción espiritual de la Nada.

Me hacen falta diez años: ¿los tendré? Padezco en todo momento del pecho, no es que esté infectado,

pero es de una delicadeza terrible, que el clima sombrío, húmedo y glacial de Besanzón cultiva en mí. Quiero mudarme de esta ciudad hacia el sur, a los Pirineos quizá, en las vacaciones, e irme a sepultar, hasta dar término a mi Obra, en un Tarbes cualquiera, si hallo lugar. Esto es imprescindible, porque moriría de un invierno más en Besanzón. Por desgracia, no dispondré de dinero suficiente para ir a París, pues vivo muy miserablemente, aquí, donde todo es exageradamente caro, incluso las chuletas. Así que más valdría que me vinieses a visitar, o corremos el serio riesgo de jamás reunirnos. Lefébure⁶ va a pasar un mes con nosotros, ¿por qué no haces lo mismo? Tus vacaciones comienzan pronto, creo. Así que ven.

Para terminar con lo mío, te cuento que Marie y Geneviève⁷ están en la etapa del crecimiento, y son tremendas, lo que me resulta menos penoso que en otro tiempo, ahora que mi sistema nervioso ha vuelto a mí, por así decirlo, y sólo alguna cosa absurda me produce el daño que hace un año me provocaban los gritos de estas niñas. —¡Si supieras cuánto te agradecemos la Aritmética de Mademoiselle Lili!⁸ Perdóname, Henri, por no haberte transmitido antes mis gracias.

—Ahora, a lo tuyo. Tus títulos y proyectos poéticos me fascinan. He realizado un descenso a la Nada lo suficientemente largo para poder hablar con certeza. No existe nada más que la Belleza; —que tiene sólo una expresión perfecta, la Poesía. Todo lo demás es engaño —a excepción, para quienes viven del cuerpo, del amor, y de ese amor del espíritu que es la amistad.

Espero que tu reina de Saba⁹ y mi Herodías sean amigas. —Ya que eres lo suficientemente dichoso como para, además de la Poesía, poder tener amor, ama: en ti, el Ser y la Idea habrían hallado ese paraíso, que la pobre humanidad anhela solamente para su muerte, por ignorancia y pereza, y, cuando sueñas

con la Nada futura, con esas dos dichas cumplidas, no estarás triste y la Nada te parecerá incluso muy natural. —Para mí, la poesía ocupa el lugar del amor, porque está apasionada de sí misma y su voluptuosidad recae deliciosamente [en] mi alma: pero confieso que la Ciencia que he adquirido, o reencontrado en el fondo del hombre que fui, no me será suficiente, y que no será sin una verdadera angustia que ingrese yo en la Desaparición suprema, si no he concluido mi obra, que es la *Obra*, la Gran *Obra*, como decían los alquimistas, nuestros ancestros.¹⁰

Así, aunque el Poeta tenga a su mujer en el Pensamiento y a su hijo en la Poesía, adora tú a Ettie,¹¹ a quien yo amo como a una rara hermana. ¿O no está ligada a toda mi infancia, como tú, Henri —pues antes de mis primeros versos, que remontan al tiempo en que te conocí, no éramos más que los fetos de nuestros espíritus —fetos muy sabáticos, recuerdas? Adiós, Geneviève y yo te mandamos un abrazo, y Marie un beso a Ettie.

Tú
Stéphane

TRADUCCIÓN DE JAIMÉ MORENO VILLARREAL

NOTAS

¹ "Pura" corrige a "divina".

² Luego del hallazgo de la nada, en abril de 1866, Mallarmé se elevó hasta el absoluto (de ahí la muerte del yo personal) para convertirse en héroe del Espíritu o de la conciencia reflexiva, y reencontrar en sí, en un alma que es el tesoro inconsistente de las "divinas impresiones que se han amasado en nosotros desde las primeras edades", el secreto de la humanidad, su divinidad hasta entonces alienada. ¿Había leído Mallarmé a Hegel? El 11 de septiembre de 1866, Villiers le había escrito: "En cuanto a Hegel, me complace verdaderamente que usted le haya dedicado cierta atención a ese genio milagroso." Pero Mallarmé, que confesará por su parte no tener mente de filósofo, cuando mucho habría encontrado en Hegel un vocabulario que le permitiría formular filosóficamente su propia experiencia espiritual.

³ Nueva versión de la lucha de Jacob con el Ángel. Sobre esta imagen del plumaje

divino, cf. el soneto "La sombra amenazó...", en versión de Ricardo Silva Santisteban, Mallarmé, *Obra poética*, I, Madrid, Hiperión, 1980, p. 143.

⁴ Podría leerse también "sus".

⁵ "Me volvería a convertir en la Nada", corrige a "volvería a precipitarme en mi Nada".

⁶ Eugène Lefebvre, amigo de Mallarmé con quien mantuvo copiosa correspondencia en su juventud [T].

⁷ Marie Gerhard, esposa, y Geneviève, hija de Mallarmé [T].

⁸ Colección de libros para niños de P.J. Stahl, seudónimo del editor Hetzel.

⁹ "La Reine de Saba" aparecerá en *La Renaissance artistique et littéraire* en 1873, y será reimpresa en *L'Illusion*, en 1875.

¹⁰ Sobre la relación de la poesía con la alquimia, ver "Magia" en *Variaciones sobre un tema*, México, Ed. Vuelta, 1993; y "La Littérature. Doctrine" en *Oeuvres Complètes*, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1945. Ver también la carta a Verlaine del 16 de noviembre de 1885 (publicada en *Vuelta*, núm. 221, abril de 1995).

¹¹ Ettie Yapp, novia de Henri Cazalis [T]. #2

ATRIL DEL MELÓMANO

LA MÚSICA EN NIÑOS Y ANIMALES

LUIS IGNACIO HELGUERA



He vivido largo tiempo con los animales; he frecuentado mucho a los niños.

Erik Satie

UNA TARDE CON CÉSAR TORT

Hay en los niños una disposición natural al canto, a hacer música, tan natural y profunda como la de dibujar o jugar. Lamentablemente, raras veces se aprovecha, se encauza esa disposición. ¿Cuántos oídos absolutos, por ejemplo, se desperdician en manos de padres y maestros mal educados musicalmente?

En México —nación forjada en el *Libro de texto gratuito*, donde la Patria siempre parece un indio triqui travestido—, como ha escrito Juan Villoro—, no existe ya no diga una educación musical consistente; ni siquiera, desde el sexenio pasado, es obligatoria la asignatura musical en los niveles de primaria y secundaria. Y cuando se imparte, generalmente el maestro la hace consistir en copiar las notas del pizarrón, aprender unas cancioncitas para la fiesta del fin de cursos, un poco de flauta Yamaha, dos o tres

anécdotas sobre la sordera de Beethoven y la audición de Pedro y el lobo de Prokofiev.

Afortunadamente, hay excepciones, y la principal aquí se llama César Tort (Puebla, 1928). Una tarde, después de dejar a mi hija en su clase de música en el Instituto Arlene, subo al despacho del director, el maestro Tort, quien me espera para conversar. Desde 1988, Tort es el director en México, Centroamérica y El Caribe de la International Society for Music Education (ISME) de la ONU, reconocimiento internacional cuya sola mención considero suficiente para aquilatar una amplísima trayectoria en el campo de la pedagogía musical que se aúna a la exploración de la etnomusicología y la antropología. Después de estudiar detalladamente los métodos pedagógicos y el trabajo con el folklore musical de Bartók, Kodály y Orff, César Tort —también compositor— juzgó artificial transplantarlos a México y natural en cambio adaptar sus principios fundamentales a un método pedagógico fundado en elementos propios, no por un "afán nacionalista", aclara, sino porque esos elementos auténticos, es decir,

la lírica infantil tradicional de México y los instrumentos vernáculos —güiros, crócalos, xilófonos, huéhueltl, teponaztl, arpas veracruzanas— estaban y "están dados en el país a un costo más accesible". Encuentro una ventaja adicional: se ayuda, digamos, a los artesanos arperos veracruzanos, a través de encargos directos, a la vez que se logra, a través de colegiaturas razonables, que más niños y niñas puedan tocar las magníficas arpas.

El álbum *El niño y la música* (UNAM, 1985) —que esperamos encontrar pronto en compact—, 63 piezas ejecutadas por niños de los 5 a los 12 años, va gradualmente de ejercicios didácticos elementales hasta complejos experimentos dodecafonicos. Nada de poner a los niños de primero de primaria, como hacen en las horribles asambleas escolares, a atragantarse el himno nacional, que por sus semitonos, explica Tort, es muy difícil entonar bien (como difícil, agregó, decir una letra que por generaciones de mexicanos ha hecho creer a los niños que el peor enemigo de la patria es Masiosare).

Algo más me simpatiza del sistema Tort: que no sea su principal aspiración formar buenos músicos —que los ha formado— sino educar el oído de cualquier niño, tenga talento musical o no, dedíquese o no a la música. Pues tener un oído educado, sensible, es signo de civilización en cualquier persona. Hace poco tiempo, me cuenta Tort, un estudio demostró que un noventa y tantos por ciento de los Hooligans tiene destrozado el oído por las discotecas.

GERALD DURRELL (1924–1995)

Eterna pregunta con que suelen comenzar las historias de la música: ¿nace la música con la naturaleza y los animales o con el hombre? La respuesta es por lo general que no hay propiamente música sino con el hombre. Sin embargo, Olivier Mes-

siaen no creía lo mismo: "Los pájaros —dijo— son músicos: primero escuchan las gotas del agua y los silbidos del viento y luego cantan".

Y quien lea al gran biólogo y escritor británico Gerald Durrell, recientemente desaparecido, podrá, entre otras cosas, configurar a partir de sus observaciones sutiles un nuevo *carneval de los animales*, en que aparecerían, por ejemplo, el cocodrilo que triunfador, orgulloso de su victoria, procede a interpretar

una extraña danza en la superficie de agua; traza una serie de círculos con la cabeza y la cola en el aire, lanzando bocinazos como una sirena en la niebla, en lo que aparentemente es el equivalente para los reptiles de un antiguo vals", y el ñu de cola blanca —especie de híbrido de pony y búfalo—, que desarrolla "una mezcla de baile de rock y ballet, con un poquito de yoga para más variedad".

BUZÓN DE FANTASMAS

UNA CARTA DE PEDRO SALINAS

GUILLERMO SHERIDAN



Entre las revistas reaccionarias mexicanas de la década de los treinta, ocupa un sitio especial *Lectura* (Revista crítica de ideas y libros) que apareció en mayo de 1937, dirigida por Jesús Guisa y Acevedo (1900–1986). La revista ventilaba ideología fascista contra los "indolatinos marxistas", y reproducía literatura y propaganda de Paul Claudel, Hilaire Belloc, Charles Maurras y el infaltable José María Pemán. Una de sus muchas cruzadas fue la sostenida contra el exilio español ("México es la colonia penal de España", decía el director) y, en especial, contra los intelectuales españoles refugiados. Cuando Salinas viene a México invitado a conferenciar, Guisa y Acevedo, en el número del 15 de septiembre de 1938, ataca al poeta, a su parecer uno más de las "camaradas que acaban con el catolicismo, con la civilización española, con el hombre" y pone un poema como muestra. En el número del 1 de noviembre de 1938, ya de regreso a su casa de Massachussets, rompiendo el pacto de silencio desde que existía frente a las provocaciones de *Lectura* y otras publicaciones ultraderechistas

(como Timón, la de Vasconcelos), Salinas envía esta carta que *Lectura* publica, precedida de una nota virulenta de Guisa y Acevedo que repite sus acusaciones contra él y contra la inteligencia española en el exilio.

G.S.

8 Appeby Road.
Wellesley, Mass.

Wellesley, 10 de octubre de 1938

Sr. Director de *Lectura*
México, D.F.
Distinguido señor mío:

En el número 1 del tomo VI de la revista de su digna dirección, correspondiente al 15 de septiembre de 1938, aparece un soneto reproducido de mi primer libro (*Presagios*, 1923), al que le van antepuestos unos comentarios sobre mi estancia y conferencias en México. Como creo advertir en ellos cierta posibilidad de interpretación equívoca para el público mexicano, me permito enviarle estas aclaraciones, con el ruego de que les dé acogida en la revista.

Dice *Lectura*: "Salinas es un hombre de izquierdas, o al menos como tal aparece en México". No acostumbro a aparecer sino como lo que realmente soy. Y en efecto, sin haber pertenecido nunca a ningún partido político oficial, soy eso que, de un modo general, se suele llamar un hombre de izquierdas: es decir, izquierdista universal, republicano español, y partidario por completo del pueblo español y de su gobierno presente en la lucha actual. Y, ante todo, convencido enemigo, con la más honda convicción, de toda forma política de nazismo o fascismo, porque considero a estos regímenes como el peligro más grave e inmediato que hoy existe para la vida espiritual del hombre. Precisamente porque creo en lo eterno, como dice el comentario de esa revista, porque creo en las realidades espirituales y morales del ser humano individual, es por lo que mi conciencia se opone a aceptar sistemas políticos donde no se respeten, donde se persigan, las libres formas de expresión de la personalidad humana, en cualquiera de sus aspiraciones eternas. Creo que en mis conferencias analicé con igual deseo de comprensión, con la misma simpatía poética, tipos muy diversos de realidades poéticas españolas, ya fuese la espléndida poesía mística de San Juan de la Cruz, o la poesía pagana y sensual de Góngora. Pero ni me proponía hacer propaganda de catolicismo con la una, ni de pagania con las otras. Y rechazo toda interpretación de mis conferencias que rebasa el puro ámbito de lo poético esencial.

Dice *Lectura*, con razón, que mencioné los nombres de Dios y del rey. Y sigue, ya no sé si con alguna razón: "Claro. No se podía por

menos, porque los poetas españoles son católicos y monárquicos". Hubiera sido muy difícil omitir el nombre del rey al hablar de una comedia como *La vida es sueño* o de un poema como *Mío Cid*,¹ en que los reyes juegan un importante papel. Y mucho más omitir el nombre de Dios al comentar las poesías, impregnadas de amor divino, de San Juan o de Fray Luis de León. Pero, ¿qué se puede deducir de eso? ¿Que los poetas del Siglo de Oro eran católicos y monárquicos? Nadie lo pone en duda, ni nada tiene que ver con el valor poético de su poesía, ni con las tendencias políticas de hoy. ¿O qué los poetas de hoy son católicos y monárquicos? En este caso la insinuación me parece del todo errónea. Porque sin entrar en la confección de un censo de poetas españoles vivos, basta con citar los nombres de los más grandes, entre los mayores, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, y de los mejores entre los jóvenes, García Lorca, Guillén, Alberti, Aleixandre, Cernuda, Altolaguirre, para desmentir esa afirmación. Se me podrían alegar ciertos nombres, como el del señor Pemán, en aserto contradictorio, pero tal ejemplo sería discutible, no ya desde el punto de vista del monarquismo o del catolicismo del señor Pemán, pregonados, copiosamente, por su pluma, sino desde el punto de vista de la consideración del señor Pemán como poeta vivo.

Termina el prelude de la inserción de mi soneto con estas palabras: "Pobre del señor Salinas al tener que rozarse con los *indolatinos marxistas*". Agradezco la compasión, que no puede por menos de suponerse cristiana, que así se me dedica. Pero debo decir que en mi

trato y roce con los presuntos "indolatinos marxistas" (a quienes, sin duda por mi corta estancia en México, no he llegado a colocar rótulo semejante) no he recibido sino muestras de atención y consideración inteligente. Que ellos han escuchado mis conferencias con deferencia y respeto. Y que, muy lejos de sentirme en alguna ocasión molesto con el trato de los intelectuales mexicanos que me han hecho el honor de invitarme y acompañarme, he podido darme cuenta a través de él, de la gravedad y hondura de los problemas mexicanos de hoy, y de la voluntad, el fervor, y, en muchos casos el acierto, con que estos mexicanos de hoy se encaran con una realidad tan compleja como la de México. De ese bellissimo país que me ha inspirado tanta admiración y tanto amor, por todo lo que España sembró en él con tanta magnificencia,² por todo lo que su espíritu nativo visible en muchas formas de arte culto y popular representa de originalidad, y por la esperanza de que México se encuentre a sí mismo a través de una integración completa de los distintos elementos raciales y culturales que el destino histórico ha traído a su suelo y a su pasado.

Queda de usted, atentamente,

PEDRO SALINAS

NOTAS

¹ Salinas preparaba la segunda edición del *Poema del Mío Cid* para la Casa Losada, de Buenos Aires (1938).

² En carta a Guillén del 31 de octubre de 1938 (Salinas / Guillén, *Correspondencia 1923-1951*, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 192) escribe que en México se siente "la grandeza de España, aparente en todo, y el aire de inmensa ruina indiferente".